

Uno, Homero

Quetzatl León Calixto

Entre la prosa y la poesía, un viaje emocional hacia los clásicos, hacia otras épocas

ENEP Acatlán

Elena, Uno, Homero, La Odisea, Editorial, mil novecientos... tal vez nueve... tal vez siete.

El rostro sonrío, río. Muestra los ojos buscados.

No están.

Están mirando claros, fijos. Sonríes. Las manos sobrecogidas, sólidas. El cabello despeja el rostro, muestra los ojos.

El viento se ocupa, se preocupa. Describe fijos los ojos a... ¿a?

Hablas frases cortas porque no vale la pena bailar un tango por la tarde que aparenta ser fría. Caminando. No vale la pena bailar un tango sin entrelazar las piernas y apenas rozar el piso con el vaivén de la honda respiración contraída del acordeón que en espasmos respira, te suspira.

Hablas frases cortas sobre algún fragmento de luz que de gris tienen tus ojos que la miran en verde. Dos cuerpos yacen en tus ojos tras la acción de la luz que los recupera al inicio.

Entonces callas y sostienes tu barbilla con las manos mientras te miras: Troya.

Troya avanza por las calles, ligero violín que llega al final de la melodía esperando que las parejas alejen sus piernas para contraerlas y volver a comenzar.



Porque no vale la pena si el cabello no viaja en el aire bajo el blanco sol de las calles blancas de los ojos del tonto corazón.

Porque no vale la pena bailar un tango sin entrecruzar los ojos, tus ojos, en las piernas grises de la luz.

Troya no está. Homero, tal vez...

Espero. El sol pasa, se va. Ahora llueve. "Canta oh Diosa" —recuerdo—; se va.

Sonrisa.

Nulas palabras. Silencio.

Ríes y sonrías, tu rostro sube, enrojece; oculta la risa tras los labios que no han perdido aún el color.

Elena, Uno; Homero. Tal vez Troya... tal vez... que no estás ☉